Este texto se refiere al papel de los intelectuales, invisibilizados en el último cuarto de siglo a raíz de la creciente tendencia a privilegiar un discurso signado por el espectáculo. Frente a esto, postula la condición de intelectuales de los educadores universitarios, abocados a la creación de una obra y a la vocación transformadora de la práctica. Declara que todo universitario tiene derecho a construirse como intelectual, y la posibilidad de lograr esa construcción.

NUESTRA CONSTRUCCIÓN COMO INTELECTUALES EDUCADORES [1]

Hubo un momento en la historia del siglo pasado en el cual se hablaba con pasión y alegría del papel de los intelectuales en la sociedad. Me refiero a la década del 60 y buena parte de la del 70. Menciono, sólo a modo de grandes ejemplos, a seres como Jean Paul Sartre, Albert Camus, Michel Foucault, Julio Cortázar y Ernesto Sábato.

El compromiso con la historia y el contexto se veían reforzados por la presencia de los intelectuales en la vida pública. Su palabra tenía un peso importante, se los buscaba para conocer sus percepciones y sus tomas de posición, se los ubicaba en un sitio de igual a igual con los políticos y otros representantes y dueños del poder.

Todavía la palabra tenía peso por sí misma, no hacía falta sacarla a escena en juegos y contrajuegos de luz para impactar. A nadie se le hubiera ocurrido, en aquellos tiempos, lanzar un programa televisivo denominado: “un espectáculo para pensar”, simplemente porque el pensamiento fluía por los labios y la escritura de esos magníficos creadores.

Poco más de un cuarto de siglo bastó para que los intelectuales fueran desplazados de tal sitio, reemplazados por una palabra literalmente espectacularizada. Muy de largo en largo, en la maraña mediática conformada por personajes de todo tipo, se da lugar a quienes desarrollan un esfuerzo de investigación y de construcción discursiva, en el terreno científico o estético. El espacio ha sido copado en gran medida por la farándula (con muchas expresiones lamentables de la misma en nuestro país), por expertos en todos los temas y por políticos que necesitan de la tribuna mediática para sobrevivir.

El intelectual dejó de alguna manera la vida pública y se recogió en ámbitos que corren el riesgo de cerrarse demasiado, la universidad entre ellos. No estamos cayendo en aquella tontería de “lo que no sale en la pantalla, lo que no pasa por los medios, no existe.” Pero no por eso dejamos de reconocer la ausencia de los intelectuales en la vida social.

¿No estaremos equivocados en estas apreciaciones? ¿Acaso no formamos año a año, como universidad, a miles de profesionales que se insertan en toda la trama de la burocracia y del mundo del trabajo empresarial? ¿No son esos seres intelectuales, en el sentido de que realizan actividades cada vez más ligadas al manejo de símbolos?

Bien, retomemos el viejo sentido de la palabra. Se entendía por *intelectual* a una persona empecinada en producir obra, sea en el terreno científico o estético, y en vivir una práctica destinada a transformar de alguna manera las relaciones sociales, por análisis y crítica de las mismas o por propuestas precisamente transformadoras.

Dos condiciones, entonces: la creación de una obra y la vocación transformadora.

El imaginario social se ha venido desentendiendo de estos intelectuales, hay mucha oferta de otras voces y otras actitudes, hay un universo de mercancías discursivas que ha terminado por reducir al mínimo aquella vieja y querida presencia.

¿Fin de los intelectuales, entonces? El ocaso del siglo XX se pobló de muertes: de la utopía, de los sujetos sociales, de la historia entendida como el lugar de lo imprevisible, de la solidaridad, de la capacidad de escándalo. No sé cómo podemos caminar con tanto cadáver a cuestas. ¿Nos toca cargar también el de los intelectuales?

Podemos preguntarnos, a esta altura del discurso, por el sentido del tema para nuestro quehacer. Los universitarios, cada uno de nosotros, somos educadores, investigadores, nos dedicamos también a la extensión... ¿A qué enredarnos con esas añosas cuestiones?

Nosotros postulamos con toda fuerza la condición de intelectuales de los educadores universitarios. Y en el estricto sentido indicado antes: la creación de una obra y la vocación transformadora de la práctica.

Si algo hemos ganado en los últimos años es el reconocimiento de que educar no es pasar información. Por el contrario, educar es promover y acompañar el aprendizaje de seres dedicados a transformarse, dedicados a ser otros mediante un esfuerzo sostenido.

Nada más ligado a la transformación social que la práctica educativa. Apostamos siempre a seres distintos, a formas más dignas de relaciones sociales. No hay ideal de una carrera o de una facultad que no haga referencia al aporte a la consolidación de una sociedad mejor. Las contemporáneas teorías del aprendizaje nos han situado de lleno en la tarea transformadora del intelectual.

Pero ello no es suficiente. Reconocer el papel que nos cabe en tamaña construcción (la de un ser humano) implica preguntarnos por nuestra preparación

para hacerlo. ¡Ah! Usted se refiere a la formación intelectual, al manejo de fuentes, a la cantidad de información procesada y comunicada, al dominio del tema. Sí, imposible dejar fuera todo esto. Quien no conoce lo enseñado difícilmente puede enseñar.

Pero pretendemos ir más allá. Afirmamos que la construcción de un intelectual no termina en esa formación. La construcción se completa, adquiere preciosos cimientos, cuando se ha logrado producir obra, en sentido científico o estético; cuando a la palabra de los otros ha podido sumar la propia, con toda la vida y la originalidad, con toda la fuerza de quien ha desarrollado la suficiente seguridad y autoestima como para proferir su voz.

Educar desde la propia voz, sin despreciar para nada las ajenas, constituye un paso maravilloso en el enriquecimiento de las relaciones de enseñanza aprendizaje.

Esto lo reconocen de inmediato los estudiantes, porque al docente tradicional se añade el creador, el ser que ha comprometido también su vida en la construcción de algo útil para los jóvenes, construcción que a la vez le ha permitido construirse.

Queridas, queridos colegas. Nuestra Especialización se ha situado desde un comienzo en esa concepción del intelectual. Mal puede ayudar alguien endeblemente construido a la construcción de seres humanos a través del aprendizaje.

Ninguna pretensión, con estas palabras, de haber inaugurado la existencia de nadie y mucho menos de haber iniciado en ustedes una construcción única. Pero nuestro empecinamiento en la expresión de cada uno a través del texto paralelo, nuestra búsqueda conjunta en la propia práctica, nuestra provocación constante para de alguna manera forzar el reconocimiento de la capacidad de producción discursiva, se explican por una acérrima convicción: todo intelectual tiene el derecho a construir obra y a educar también a partir de ella.

Digámoslo de esta otra forma: todo universitario tiene el derecho a construirse como intelectual. El derecho y la posibilidad, porque no hay nadie negado de antemano para lograr esa construcción.

Hemos llegado a fatigarlos, a lo largo de los textos base de cada módulo, de las prácticas y de las demás lecturas, con la cuestión del sentido y el sinsentido en educación. Quiero insistir aquí una vez más que sentido y sinsentido se relacionan directamente con nuestro ser, que nadie soporta indefinidamente una práctica vacía de sentido, que cuando hablamos de construcciones nos referimos a la nuestra, que las pobres construcciones dejan vacíos como llagas y a la larga las viejas heridas vuelven a sangrar; que negarle a alguien la posibilidad de la obra constituye una agresión sin límites, sobre todo cuando dicha negación se extiende a lo largo de años; que un educador bien construido es una de las más importantes condiciones de la buena construcción de un estudiante.

Cuando hablamos de sentido en educación, hablamos profundamente de nuestro sentido como educadores. Toda institución educativa tiene el deber de abrir caminos a la construcción de ese sentido, en ello le va su razón de ser.

Vivimos hoy, junio del año 2000, un momento difícil de la historia de nuestro país. Hace poco más de un año la Universidad Nacional de Cuyo decía de sí misma en su Plan de Desarrollo Institucional:

> "De un lado la Universidad es interpelada por las transformaciones tecnológicas que requieren de innovaciones para atender demandas inéditas de formación de profesionales y de producción de conocimientos. De otro la interpelan la desocupación, la pobreza, las necesidades y demandas de pequeñas y medianas empresas y de organizaciones sociales que surgen para llenar espacios dejados por la retirada del Estado benefactor y por el estrechamiento de las posibilidades de empleo.
>
> Se reconoce el papel fundamental de la Universidad para atender ambas líneas de interpelación a través de su capacidad de educar, investigar, innovar y transferir la producción intelectual, redefiniendo sus prioridades en función de las demandas sociales."

Estamos aquí exactamente en el corazón del asunto: la producción intelectual. No hay producción sin productores. Nosotros nos empecinamos en aportar a su construcción. Los tiempos no se anuncian benignos. Cuanto mejor nos construyamos, mejor podremos sobrellevarlos.

Quiero agradecerles, en nombre del equipo de seres responsables de este postgrado, todo el esfuerzo realizado. Quiero agradecerles su capacidad de urdir la trama de la utopía personal y profesional, su voluntad de comunicación, el respeto por el otro manifestado en las sesiones presenciales y en el trabajo grupal.

Agradecerles la entrega de uno de los tesoros más preciosos que puede ofrecer un ser humano: el tiempo de su vida.

Y agradecerles el habernos permitido participar durante ese tiempo en la creación intelectual y en la construcción de intelectuales.

Daniel Prieto Castillo
8 de Junio del 2000

[1] Palabras pronunciadas en el acto de la cuarta colación de grados, Universidad Nacional de Cuyo, Secretaria Académica, Especialización en Docencia Universitaria, 8 de Junio del 2000.